



Colaboración

Por Víctor Ruiz Gutiérrez

VIAJE A LA EXPO 2008

El pasado 12 de julio viajamos a Zaragoza para visitar la Exposición Internacional. Desafortunadamente, el mal tiempo y la deficiente gestión por parte de los organizadores de la muestra se convirtieron en protagonistas inesperados de esta excursión:



A las siete y media de la mañana, con caras de sueño pero cargados de ilusión, poníamos rumbo a tierras mañás. En un mismo autobús, cuatro generaciones de pirinos: los más mayores, encabezados por Julián y Pilar; los adultos, entre los que no podían faltar incondicionales como Ángel, Leandro o Juan Carlos; el grupo de los jóvenes, desde Álvaro hasta Lorena; y por último, los niños, que cerraban la comitiva con Fernando, el pequeño de los Pulgar.

A las diez, respetando estrictamente el guión del viaje, llegamos al recinto de la Expo, ubicado en la ribera del Meandro de Ranillas, una curva que hace el río Ebro a su paso por Zaragoza. Nada más llegar nos topamos con el primer problema: las colas. Filas interminables para acceder a las instalaciones, para obtener los pases y para visitar los diferentes pabellones.

Además, nos encontramos con que era imposible visitar algunas zonas, como el Pabellón de España, porque ya se habían agotado todas las entradas. Ante la incredulidad y la indignación general por la pésima organización, decidimos tomárnoslo con buena filosofía y aprovechar el viaje lo mejor posible.

Así, fuimos recorriendo las instalaciones de la Expo, que cuenta con la participación de 108 países. A través de sus pabellones, pudimos adentrarnos, aunque sólo fuese por unos minutos, en lugares tan exóticos como Malasia, Corea, Marruecos, Egipto o los Emiratos Árabes Unidos.

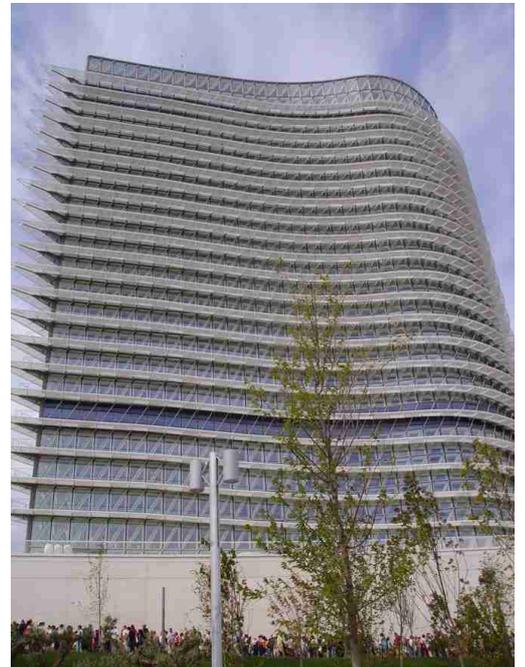
Sin embargo, nuestra buena predisposición chocó de frente con un nuevo inconveniente, el mal tiempo. A eso de las tres de la tarde, la meteorología quiso

recordarnos que el agua es el tema sobre el que gira esta Expo 2008. Para ello, azotó a Zaragoza con una fuerte tormenta, que trajo consigo un frío más propio de Diciembre que de Julio. Con esas circunstancias, muchos comenzamos a mirar el reloj, deseando que llegase la hora de regreso.

Pero aún nos quedaba mucho tiempo por delante. Refugiándonos del frío, entramos en la Torre del Agua, un edificio de 76 metros de altura que alberga en su interior uno de los mayores tesoros de la Exposición: la escultura Splash. Se trata de una figura gigante que simula la explosión de una gota de agua.

A pesar de ello, lo mejor aún estaba por llegar.

A las diez y media, en la oscuridad de la noche y con la Catedral de El Pilar como testigo de fondo, el río Ebro se iluminó. Entre sus aguas, un gran iceberg simulado comenzó a desmoronarse. Dentro de sus paredes, la cabeza de un hombre herido nos reflejó la destrucción que nuestra sociedad causa al medio ambiente y nos concienció de las consecuencias que dichos daños pueden tener en un futuro.



Este último espectáculo dejó un buen sabor de boca, pero no fue capaz de hacernos olvidar las dificultades sufridas durante todo el día. Con el frío todavía en el cuerpo, cogimos el autobús y emprendimos el trayecto de vuelta.

Además de las fotografías tomadas, algún que otro catarro nos servirá para no olvidar este viaje. Esperemos que en el próximo haya más suerte.

En las fotografías: Izquierda, Julián y Pili, los más mayores pero muy animosos. Derecha: la torre del agua, símbolo de la Expo Zaragoza 2008 en cuyo interior se encuentra la escultura Splash.